

El poder y la conciencia:

¿un dilema moral o una opción ética? (*) (**)

ALEIX VIDAL - QUADRAS

Senador del Reino de España
Diputado en el Parlamento Catalán
Ex-Rector de la Universidad de Barcelona

LA DISCONTINUIDAD MAQUIAVÉLICA

La preocupación ética es consustancial a la actividad política, incluso después de la proliferación en el mundo occidental de partidos de centro. El político, que es típicamente un hombre de acción, orienta o debería orientar sus decisiones en función de valores considerados esenciales, y el esfuerzo de vencer a la necesidad o a la inercia, el riesgo de sortear amenazas y peligros y la tensión permanente con una realidad social imprevisible y relictante, adquieren o deberían adquirir su sentido profundo a la luz de referentes morales contemplados como trascendentes y de objetivos últimos percibidos como nobles y excelsos. El hecho que no pocos figurantes de la política carezcan por completo de una visión axiológica y se limiten a medrar aplicando automatismos prosaicamente pecuniotrópicos o banalmente narcisistas no resta un ápice de relevancia al conflicto entre actividad pública y vida virtuosa, de la misma forma que el ruido sordo y confuso de la taberna realza con su zafia inarmonía la belleza de la sonata que el violinista ciego desgrana inspiradamente en su inadvertido rincón.

Desde la antigüedad más remota hasta nuestros días, los gobernantes, cualquiera que fuera su nivel o la legitimación de su mandato, han experimentado, aunque sólo haya sido en alguna ocasión excepcional, el desgarramiento entre su poder y su conciencia. Luciano lo expresó con suma crudeza en la *Forsaña*: "Virtus et summa potestas non coeunt", la virtud y la potestad suprema no van juntas.

La política, en efecto, tiene una eficazmente contenida vocación de ser una rama de la filosofía moral y cuando pierde su compromiso o su inquietud ética se degrada a mera depredación. La política sin valo-

res no llega ni a simple administración, enfangándose en pura y brutal voluntad de dominio.

Por ello el problema de conciliar el arte y la práctica del gobierno con reglas morales que lo dignifiquen y lo enaltezcan es tan antiguo como la organización social humana minimamente civilizada, tal como se puede comprobar leyendo el Antiguo Testamento, los Vedas o los trágicos griegos.

Cuando se me propuso participar en este curso sobre los nuevos espacios de la comunicación, y sugerí para mi intervención el título que figura en el programa, debo reconocer que su Director lo acogió con entusiasmo. Intuyo que las razones de su efusivo asentimiento fueron básicamente tres: a) el enorme poder que representan las nuevas tecnologías de comunicación audiovisual a la hora de conformar la opinión, así como las inquietantes posibilidades que ofrecen a gobiernos o a grupos empresariales privados desprovistos de conciencia, y que hacen oportuna una reflexión general, aunque sea modesta, convencional y esquemática, sobre las espinosas relaciones entre conciencia y poder, b) un tema que sobrevuela el acontecer político de actualidad para planear entre las nubes de la especulación teórica es lo más adecuado para un conveciente sujeto a benévola pero estrecha vigilancia, y c) con semejante título para mi conferencia es altamente improbable que el Director del curso sufra un descabro en su hasta el momento sólidamente ascendente trayectoria profesional. Por supuesto, las tres razones que han sido expuestas en un orden arbitrario, que no prejuzga su importancia relativa, cuya valoración es subjetiva según la lleve a cabo el conferenciante, el Director del Curso, el auditorio o los

(*) Agradecemos al Dr. Enrique Ghersi Silva, por cedernos el presente artículo para su publicación.

(**) Conferencia pronunciada en el curso de verano de la UIMP, "Los nuevos espacios de la comunicación" celebrado en Sanfeliu de Noya, España, del 21 al 25 de Julio de 1997.

encargados de velar por la salud física, política y mental de este humilde compareciente.

En cualquier caso, en un ciclo despiadadamente monotemático como el que nos reúne, siempre se agradece que una de las charlas, por lo menos, tenga una relación más bien etérea con el resto.

La pregunta clave continúa siendo la misma desde hace veinticinco siglos: ¿existe una sola moral que se aplica indistintamente al ejercicio del poder político y a la vida privada de cada ciudadano o, por el contrario, el oficio de gobernar está sujeto a sus propias reglas y es éticamente autónomo?. En otras palabras, ¿Deben los detentadores del poder político ser medidos por un rasero moral diferente al aplicable al acontecer cotidiano de aquellos a los que gobiernan?. Y suponiendo que este primer interrogante tenga respuesta satisfactoria: ¿cuál es esa moral, en qué consiste, cómo establecer sus prescripciones?.

Preguntas formidables, que han llenado bibliotecas desde que Aristóteles dejara sentado en su *Política* que un hombre bueno no es necesariamente idéntico a un buen ciudadano. Preguntas en absoluto triviales, que reducen al político que nunca se las plantea a la categoría de primate prehumano. Preguntas siempre vigentes, que resurgen potentes cuando se ha de proceder al nombramiento del Director de RTVE, se ha de legislar sobre la autorización de un determinado descodificador de señales digitalizadas destinado a la comercialización de una televisión de pago o se ha de delimitar el ámbito del interés general en la retransmisión televisada de acontecimientos deportivos especialmente señalados y, en el caso particular del fútbol, señalados a secas.

No es casualidad que la bibliografía acumulada sobre *El Príncipe* de Maquiavelo tenga miles de entradas, y que este libro decisivo fuera objeto de atención continua y reverente por parte de personajes tan simpáticos e inofensivos como Napoleón o Mussolini, como tampoco es fortuito que muchos protagonistas de la vida política contemporánea que jamás abren un libro se hayan adentrado en sus páginas con temblorosa emoción. A este respecto, recuerdo dos anécdotas que viví al inicio de mi carrera política -por calificar de manera neutra la estimulante sucesión de acontecimientos que me ha sido dado disfrutar en los últimos nueve años-, y que me dieron una pista suficientemente esclarecedora de lo que vendría después, y que, por supuesto, en aquel momento no supe calibrar en toda su fascinante dimensión. Las relato, y me disculpo por su manifiesta ligereza, porque creo que guardan una estrecha relación con el tema que deseo tratar esta

mañana con ustedes. La primera se refiere al difunto profesor Ramón Trias Fargas, que en uno de los primeros actos públicos a los que asistí como parlamentario autonómico me advirtió paternalmente: "Mira, muchacho, -él dijo "no" en catalán, que suena mucho más afectuoso y menos prepotente-, mira, muchacho, cuando veas a algún político hacer algo que no entiendas, algo incomprensible desde todos los puntos de vista, sin explicación racional hasta donde tu mente alcance, no te preocupes, yo te daré ahora mismo una clave interpretativa que te servirá para el resto de tu existencia. Si el político es francés, la explicación es "cherchez la femme", si es catalán, "cherchez l'argent".

La segunda afecta a un compañero de partido y, en consecuencia, enemigo acérrimo, y cuyo nombre no mencionaré porque insiste en seguir vivo, que me recomendó encarecidamente el estudio exhaustivo del gran maestro florentino y, en particular, de su obra más famosa. Concretamente, él consideraba que la máxima más relevante de aquellas páginas inmortales era la que sienta en el Capítulo XVII que "es más seguro ser temido que amado". Solía repetírmelo con fruición y aire solemnemente docto. Al principio todo fue bien y yo quedé seriamente impresionado por su erudición y experiencia, hasta que un día me comunicó con similar énfasis y gesto grave que para conseguir propósitos políticos era "mucho más aconsejable lamer que morder". Este súbito cambio de sistema de coordenadas tácticas y táctiles me sumió en un pavoroso desconcierto durante una temporada en la que no sabía si circular por hemiciclos, salones y reuniones de comité ejecutivo atemorizando a las gentes con mi majestuoso poderío o repartiéndolo amabilidades y zalemas en el más depurado estilo Tratado del Atlántico Norte. Así empecé a familiarizarme con el jardín de las ambiguas delicias que son los "catch-all parties" y con eso que suele llamarse "realismo político". Confieso que he seguido aprendiendo después muchas otras cosas que no vienen al caso o que, aunque vengan, no proceden, pero desde entonces cada vez que oigo a un colega de las lides públicas citar a Maquiavelo o adoptar una posición inexplicable me invade un acoso desasosiego.

Pero, vivencias personales aparte, quisiera concretar el asunto que me propongo desarrollar esta mañana, y que espero que el título de mi conferencia refleje fielmente. Se trata, nada más y nada menos, que de entender el auténtico significado de la tesis moral contenida precisamente en *El Príncipe* maquiavélico, tal como la investigó magistralmente Isaiah Berlin, y de extraer de este material fundamental, en la medida que sea posible, alguna consecuencia optimista que ilumine

me, aunque sea parcialmente, un sendero ético que garantice cierta orientación en los vericuetos resbaladizos del mundo político.

Curiosamente, y digo curiosamente porque todo el que se ha movido en política sabe que los criterios del orden justo aparecen con demasiada frecuencia atterradoramente múltiples, han existido figuras políticas de primera línea en la acción o en el pensamiento que se han erigido en arquetipos de conocimiento seguro hasta sus últimas consecuencias de cual debía ser la ubicación ética del quehacer público. Sin duda, Santo Tomás Moro es un paradigma obligado.

El hombre que en abril de 1534 le escribía a su hija Margaret valiéndose de un carboncillo en su lóbrega celda de la Torre: "porque en mi conciencia éste era uno de los casos en los que estaba obligado a no obedecer a mi príncipe, dado que a pesar de lo que otros pensarán del asunto, otros cuyas conciencias y conocimientos no quiero condenar ni juzgar, con toda, en mi conciencia la verdad parecía estar del otro lado", o que cuatro meses después en otra epístola estremecedora insistía: "a todas las demás cosas, mis bienes, mis tierras, mi vida, dado que mi conciencia es cierta, de verdad confío en Dios que me fortalecerá para sufrir su pérdida antes que jurar en contra de esta conciencia y poner mi alma en peligro, ya que todas las causas que veo impulsan a otros hambres a lo contrario, no me parecen a mí tales que me muevan a cambiar", el hombre que en una de las visitas que su atribulada mujer, Lady Alice, le hizo a su prisión rogándole que se plegara a los deseos del Rey para salvar el cuello, sostenía con ella una de las conversaciones más sobrecogedoras que jamás se han transcrito, y de la que nos ha llegado un fragmento que sigue erizándonos la piel como si el devenir del mundo se hubiera detenido asombrado en aquel oscuro calabozo, y, que reza así: "Buena, Alice, ¿Y cuánto tiempo crees que aún podrás disfrutar de la vida?" "Por lo menos, veinte años, si Dios quiere", "Querida, mujer, no vales para negociar, ¿Quieres de veras que cambie veinte años por la eternidad?", el hombre que escribía y decía tales cosas no abrigaba la menor vacilación de que sus convicciones se asentaban sobre una roca de resistencia infinita y de que su pétreo validez no tenía ni tendría fin.

Pues bien, un contemporáneo suyo, italiano, estudioso de los clásicos griegos y romanos y de las Sagradas Escrituras, servidor de monarquías y repúblicas, admirador de España y Francia, había escrito veinte años antes un texto que cambiaría el curso de la teoría política y que volaría en mil pedazos esa roca sin mácula sobre la que Tomás Moro hizo descansar su vida, su muerte y su elevación a los alta-

res. De esa voladura irreversible y de sus consecuencias, que impregnan hoy sustancialmente nuestra concepción de la ética política, me propongo hablar brevemente a continuación. Porque desde que Maquiavelo terminara la redacción de *El Príncipe*, todos los actores políticos llamados a ocupar la escena pública a partir de entonces quedaron condenados, no ya a tomar sus decisiones a favor o en contra de las fuerzas del Mal, sino a una extraña simbiosis con ellas, de contornos huidizos y de significación cambiante, pisando un terreno accidentado y viscoso que siempre huiría bajo sus pies en un vértigo perturbador. Maquiavelo transformó sin retorno posible lo que hasta ese momento había sido una frontera que separaba nitidamente a Antígona de Creonte, a Jesús de Caifás, y a Tomás Moro de Enrique VIII, en una niebla confusa y pegajosa en la que los grandes de la tierra se verían obligados a buscar a tientas un camino de meta incierta. Para emperadores, reyes, gobernadores, ministros, embajadores, diputados, ayatollahs y lendakaris, había sonado un clarínazo penetrante imposible de ser desoído, se había producido una discontinuidad honda y brusca en sus aproximaciones a la comprensión del mundo, se había terminado para ellos el dolor lacerante pero seguro de la opción ética para ser arrojados sin remedio al abismo angustioso del dilema moral.

DOS REINOS, DOS ÉTICAS

Una crítica bastante frecuente a los responsables políticos, que no es nueva, consiste en acusarles de falta de escrúpulos morales, de asepsia ética, de actuar con implacable frialdad bajo criterios de estricta oportunidad y eficacia supeditando, en definitiva, los medios a los fines. Este tipo de descalificación es un lugar común y lo ha sido durante toda la Edad Moderna, floreciendo en las democracias occidentales con renovado vigor. En los editoriales de los grandes rotativos, en las columnas de los más afamados comentaristas, en los foros académicos y tertulias radiofónicas, en las charlas de café y en los apasionados cambios de impresiones de los taxistas con sus clientes, surge recurrentemente la denuncia de la inmoralidad de los políticos, que, se dice airadamente, todo lo sacrifican, la coherencia, el respeto a los compromisos adquiridos, la veracidad de sus declaraciones, la honradez en el manejo de los fondos que administran y hasta el cumplimiento de las leyes que ellos mismos promueven, a la conquista, ensanchamiento, mantenimiento y disfrute del poder.

Como todos los tópicos, el de la inmoralidad añeja a la condición de político profesional reúne dos características: 1) Hablar de él resulta terriblemente abu-

rrido. 2) Encierra una verdad mucho más interesante que la que directamente propone.

La primera característica resulta tan innegable que esta conferencia no es otra cosa que un intento, no sé si fallido, seguramente fallido, de tocar el tema sin arrastrar el bostezo. En cuanto a la segunda, constituye el núcleo de esta exposición.

Cuando un político ha de tomar una decisión moralmente difícil ¿En qué radica la dificultad? Consideremos un ejemplo apropiado para este curso: Un partido ha hecho bandera de la neutralidad e independencia de los medios de comunicación públicos y ha criticado duramente la instrumentalización de la radio y la televisión estatales por parte de su adversario cuando éste estaba en el poder, comprometiéndose públicamente a nombrar, en caso de ganar las elecciones, a un Director General del correspondiente organismo de perfil profesional sin afiliación partidista, atendiendo a consideraciones estrictas de competencia, preparación y prestigio. Al llegar al gobierno, actúa exactamente igual que su rival, que ahora trina desde la oposición, y designa a un Diputado de sus filas, militante, por supuesto, de su formación, y sin experiencia previa en el campo del periodismo.

Semejante comportamiento queda expuesto a los comentarios peyorativos más feroces y a toda suerte de recriminaciones, entre las que indudablemente figurarán la hipocresía, la incoherencia, el cinismo y el abuso de la buena fe del electorado. La dificultad estriba en que estos juicios severamente negativos se apoyan en una cierta idea de la moral, en un esquema ético preconcebido, un conjunto de reglas formales emanadas de imperativos categóricos de inspiración cristiana o kantiana, que condenan sin paliativos la mentira, la doblez, el incumplimiento de una promesa o el aprovechamiento inmoderado de una posición dominante contra los que han de ser tratados, en este caso, el partido de la oposición, como nos gustaría ser tratados a nosotros, a pesar de que cuando ellos tuvieron la ocasión también nos sometieron a la misma maniobra que, aunque legal, es ilegítima si se opera con un ánimo leal y auténticamente democrático.

En el contexto de la concepción moral que llevó a Tomás Moro al verdugo, el nombramiento en cuestión es indefendible. No importa que nuestros oponentes políticos hiciesen en su momento nombramientos similares, no importa que durante más de una década acumulasen una notable ventaja en el delicado terreno de la orientación de la opinión causando un deterioro a nuestros ojos difícilmente reparable, no importa que los grandes instrumentos de información

sean una herramienta indispensable para ganar y conservar el poder y para movilizar a los ciudadanos a favor de nuestro programa de gobierno que consideramos con limpia sinceridad éticamente superior al del partido alternativo, no importa, incluso, que hayamos ensayado sin éxito un honrado primer intento de cumplir lo anunciado, nada de eso importa, nos advierte desde la Torre la voz del santo mártir Canciller de Inglaterra, si traicionamos a nuestra conciencia y a la palabra dada. Porque no hay cetro, ni púrpura, ni gloria, ni honor, ni grandeza, ni prosperidad de la nación que compensen la vulneración de las normas morales que, de acuerdo con nuestra tradición platónico-judeo-cristiana-kantiana, han de regir, sea cual sea el coste, una vida individual correcta y en sintonía con la verdad universal. Por consiguiente, no existe escapatoria. Está a nuestro alcance divorciar la política de la ética y aplastar al Bien bajo la razón de Estado, pero el poder que consignamos por esta vía nefasta —nos reitera cada una de las líneas escritas a la luz de una temblorosa candela por el admirable y canonizado humanista, político y jurista inglés en su mazmorra antesala de la muerte— será un poder manchado, envilecido y reprochable. Las satisfacciones que nos proporcione, por considerables y duraderas que sean, no incluirán la paz de espíritu ni la tranquilidad de conciencia. Por alto que el pecado sitúe a nuestro trono, el patíbulo en el que Tomás Moro entregó la cabeza antes que renunciar a sus principios se alzará por encima y lo oscurecerá con su sombra imperecedera.

Esta es la concepción moral que, en las valoraciones y opiniones de los ciudadanos de a pie, hace aparecer a los políticos bajo una luz tan desfavorable y que sitúa a este oficio indefectiblemente en los últimos lugares de aprecio público en los estudios sociológicos. Es la moral contenida en los diálogos platónicos, en el *Sermón de la Montaña* y en la *Crítica de la Razón Práctica*, es la moral que en la mente y en el corazón del hombre y la mujer comunes, de los millones de hombres y mujeres que con su voto encumbran o sumen en la depresión a los políticos, opera de manera muchas veces inconsciente y les permite distinguir con certeza y celeridad entre el Bien y el Mal.

Y aquí es donde entra al quite Maquiavelo para alivio de incontables políticos que se han visto colocados en alguna etapa de su trayectoria ante lo que ellos percibían como una mortificante elección entre su conciencia y el poder, y optaron por abandonar la estrecha y dura vereda que les imponía la llamada admonitoria a la trascendencia para chapotear en el ancho pantano que les llevaría al triunfo terrenal.

Porque para Maquiavelo, los hombres superiores, los llamados a ser conductores de pueblos, no han de buscar la salvación eterna sino la gloria del buen gobierno. Existen así dos perspectivas distintas, la del gobernante y la de los gobernados, pero no se trata de un esquema axiológicamente neutro, las dos son, desde la óptica biselada por *El Príncipe* y por *Los Discursos sobre las Décadas de Tito Livio*, perspectivas morales. La naturaleza humana es, en la visión maquiavélica, inalterable, y representa un error de primera magnitud idealizar al ser humano y organizar la sociedad en la creencia de que se puede alumbrar un hombre nuevo, dechado de perfecciones y desprovisto de limitaciones y de vicios. Los hombres son arrogantes, egoístas, lóbricos, inconstantes, perezosos, cobardes, mentirosos y voraces, y la vida social es un conflicto permanente que sólo puede ser aquietado mediante una mezcla adecuada de fuerza bruta y artera persuasión. Maquiavelo sentía una marcada desconfianza hacia los ideales y una viva reserva hacia las utopías, que constituían a sus ojos un peligro gravísimo, además de una pérdida de tiempo. El buen gobierno requiere un conocimiento objetivo de la realidad y no sueños bien intencionados. La observación de las sociedades contemporáneas y el estudio riguroso de los grandes clásicos eran, para Maquiavelo, las mejores fuentes de información y la base más sólida de decisión y juicio. El bien posible es el bien alcanzable en la línea de la recomendación inapelable de Leonardo Da Vinci: "Si no puedes lo que quieres, quiere lo que puedas". Es vano pensar, nos diría Maquiavelo, que un Director de RTVE imparcial, independiente, ecuatoriano, competente, y seráfico nos hará mejores a todos. Como no tenemos remedio, nombremos a uno de la cuerda que, por lo menos, nos ayudará a conservar algo inequívocamente tangible: el poder. Maquiavelo hubiera aprobado sin reservas un nombramiento semejante. Ignoro si el que lo decidió sabía qué actuaba de acuerdo con las recomendaciones de uno de los más grandes libros de pensamiento político jamás escritos, pero estoy seguro de que cuando le cuenten que yo lo he dicho aquí, se sentirá, aunque sea a posteriori, altamente reconfortado.

Maquiavelo creía firmemente que una sociedad bien organizada y bien conseguida tenía que gozar de estabilidad, seguridad, justicia, orden, prosperidad y esplendor, como la Atenas de Pericles, la Macedonia de Filipo, la Roma de Septimio Severo o la Venecia del siglo XV. Un Estado que hubiera consentido retirar a sus fuerzas de seguridad de la vigilancia de las carreteras de una parte vital de su territorio nacional para encomendársela a aquellos que dedicaban todas sus energías a negar y a trocear la Nación a él encomendada, un Estado que hubiese asistido impávido o con meras

protestas retóricas al espectáculo bochornoso de ver a representantes públicos de sus instituciones votar a favor de asesinos de inocentes por el miedo incontestable a su saña y por las más que fundadas dudas de la capacidad del Gobierno para protegerles, un Estado que hubiera puesto en libertad a un convicto por los peores crímenes contra su seguridad en perfectas condiciones físicas y mentales para anunciar sin recato que se disponía a volver a matar a la primera ocasión, un Estado que hubiera permitido que en sus escuelas se enseñase el odio a su conciencia nacional y la hostilidad a su Historia, un Estado así no hubiera merecido la aprobación y el respeto de Maquiavelo. Porque puestos a aplicar la doctrina maquiavélica y en orden a optimizar su eficacia, hay que hacerlo no sólo en el ámbito de los medios de comunicación sino en un contexto global. Al fin y al cabo, Maquiavelo recomendaba al gobernante combinar equilibradamente las cualidades de la zorra y del león, es decir, ser prudente, taimado, hábil y sigiloso, pero sin descartar, aunque fuera de vez en cuando, un saludable rugido pletrónico de nobleza, gallardía y valor, acompañado, que tampoco estorba, de algún que otro zarpazo democrático.

Se ha repetido hasta la saciedad que Maquiavelo disoció la política de la ética, que sus planteamientos y consejos conducen al horror y a la ignominia, que, de seguir sus recomendaciones, los gobernantes no respetarían las normas más elementales de la decencia y el decoro, que podrían mentir, expoliar, coaccionar e incluso destruir y matar, con tal de alcanzar sus fines. Una de las escuelas más aceptadas de interpretación del pensamiento maquiavélico es la que lo presenta como la separación de los valores políticos de los valores morales, el triunfo de la fría y cruel razón de Estado sobre la cálida y humanitaria atención a nuestros semejantes, la imposición traumática de las necesidades del gobierno por encima del respeto a los individuos y a su dignidad intrínseca. Se trata de una interpretación falsa. Maquiavelo jamás pretendió el divorcio ni la emancipación del dominio de la ética del de la política. Él propuso algo mucho más profundo, más heladamente decisivo, más conceptualmente constante. Maquiavelo distinguió sin recato ni paliativos entre dos formulaciones distintas e incompatibles de la moral, la moral apropiada para la conducción de los asuntos públicos, cuyos valores son la firmeza, el coraje, la fortaleza, la disciplina, la resistencia a la adversidad, la prudencia, el orden y la justicia, la moral que Tito Livio alababa en su *Historia de la República Romana*, la que hizo grande a Atenas cinco siglos antes de Cristo, la que envidiaba en los reinos de España y Francia, y deseaba para una Italia renacentista dividida, frágil y aislada por invasiones y saqueos, y la moral ju-

deo-cristiana, que pone el énfasis en la caridad, la piedad, la mansedumbre, la pobreza, el amor a los enemigos, el sacrificio, la fe en una vida ultraterrena y el amor a un Dios salvador. Maquiavelo no sustrajo la política de una moral única, invitando, por tanto, a los políticos a ser inmorales, sino que enfrentó dos ideales de vida, los situó en el mismo rango y destruyó cualquier puente entre los dos.

Resulta interesante darse cuenta de que Maquiavelo jamás negó que aquello que los cristianos consideramos bueno sea, en realidad, bueno, y lo que bajo un prisma cristiano se llama virtud, lo sea, y lo que se conoce como vicio, lo sea también. Nunca pretendió redefinir o extender el campo de la moral tradicional, como hicieron más tarde Hobbes o Spinoza, para adaptarla a las necesidades de una comunidad a la que, en su opinión, los hombres debían aspirar, ni tampoco, como en su día tronó Nietzsche, se le ocurrió despreciar o descalificar la humildad, la amabilidad, la santidad, la compasión o la sinceridad. Jamás abogó porque la crueldad, la violencia, la mala fe o la inmolación de víctimas indefensas a la grandeza de la polis fuesen cosas inocuas o asumibles. Presentarle con esta catadura es ignorar completamente lo que pensaba o defendía.

Lo que Maquiavelo dejó claro es que en las circunstancias en que las virtudes cristianas, la caridad, el desprendimiento de las vanidades contingentes o la búsqueda de la salvación eterna son imposibles de combinar con los requerimientos y objetivos de una sociedad terrenal fuerte, estable, vigorosa y próspera, hay que elegir. Elegir una vida cristiana, y condenarse a la impotencia política y al sometimiento de los abusos y vejaciones de otros más decididos, audaces, inteligentes y musculosos, o inclinarse por el ideal pagano de la gloria, el valor y la firmeza, apuntalando la viabilidad y el éxito del Estado. Un punto central del pensamiento maquiavélico es que no existen soluciones mixtas, y el que las pretenda está abocado sin remisión al fracaso personal y a provocar la ruina colectiva. Su valoración de los que él llamaba "camino intermedios" no pudo ser más peyorativa. Si Maquiavelo resucitase y conociese los actuales partidos demócrata-cristianos llegaría a la conclusión de que la civilización occidental había alcanzado una decadencia de difícil recuperación. Para poner una referencia completa, y dicho sea con toda cordialidad, un personaje como Giulio Andreotti hubiera sido para Maquiavelo la encarnación meliflua de la náusea. Si una cosa era diáfana para Maquiavelo es que un hombre puede salvar su alma o puede levantar, servir y mantener un Estado grande, temido y prestigiado, pero de ninguna manera, salvo que sea un

coyunturalista de la peor ralea o un memo, las dos cosas pueden intentarse simultáneamente.

Para arrojar un jarro de agua fría sobre algún eventual aspirante a político entre los asistentes que crea que la adhesión al cuerpo de doctrina construido por el autor de *El Príncipe* le abre un futuro dorado y rebosante de amenidades tales como trasiegos de fondos reservados, prevaricaciones remuneradoras, pufaladas por la espalda a los amigos leales y contratación de esbirros a sueldo para combatir el terrorismo, debo advertirle, en caso de que no lo supiera ya, de que a Maquiavelo si algo le repugnaba tanto como un gobernante débil, acomodaticio, o excesivamente caritativo, era la figura del oportunista ambicioso y amoral o la del tirano arbitrario y ególatra. Maquiavelo auspiciaba frente a la moral cristiana otra moral distinta e infirmitamente distante de la que se consagró en el Monte Calvario, pero no deseaba la ausencia de moral. Si no se puede ser Adriano, se puede ser Tiberio, pero una comunidad que aspire a la grandeza y al respeto de las otras naciones, debe desembarazarse rápidamente de cualquier posible Caligula.

Ningún presunto responsable del caso GAL podrá encontrar consuelo en la lectura de *El Príncipe* o de los *Discorsi* ni mejorar su autoestima creándose una imagen de héroe maquiavélico. Entre los errores que Maquiavelo atribuye a las malas magistraturas, y para el que no muestra la menor indulgencia, aparece destacado el del incumplimiento de las propias leyes, extrema muestra, a sus ojos, de inconsistencia interna y de oprobio moral, que sólo merece, afirma, el desprecio del pueblo. En el conjunto de la obra de Maquiavelo, se encuentran a menudo pasajes de alto y contundente contenido ético o enérgicamente moralizante. No caben en su universo ideológico ni la asepsia moral ni el remordimiento por el pecado cometido en aras de la salvación del Estado. La senda que traza es de una exigencia moral muy intensa, con el Bien y el Mal transparentemente definidos, aunque de naturaleza y contenido distintos a los del Bien y el Mal de Pablo de Tarso y del Aquinatense. Maquiavelo quiere una realidad humana, pero, como en el inmortal verso de Píndaro, agotando el campo de lo posible. Desea ardientemente la excelencia, pero rechaza la utopía y prescinde sin pesar aparente de la beatitud. Existen dos terrenos éticos disjuntos, el de la salvación personal y el de la salvación colectiva. Al alcanzar la capacidad de discernir, se nos ofrecen dos códigos de conducta, los dos últimos, los dos autosuficientes, los dos igualmente aceptables y humanamente dignos. No tiene sentido hablar de dos regiones autónomas, una la de la moral, otra la de la política. Esta es una división

cobarde y degradante, propia de hipócritas y de sinvergüenzas, sólo válida para pigmeos espirituales. Lo que tenemos, en cambio, son dos sistemas de valores de naturaleza dispar, pero de igual nivel, y la elección que hagamos implica un compromiso fundamental, que agota las alternativas sin balsámicas medias tintas que valgan. Creo que queda así suficientemente justificado el título de esta conferencia.

El balanceo entre el poder y la conciencia radica en una elección que no es una opción ética entre la virtud y el pecado, sino un dilema moral entre dos formas posibles de virtud. Esta es la gran aportación maquiavélica, que tantos políticos ignoran, y por eso se consumen en un continuo y torturante pecado.

Tal como lo exclamó en ocasión célebre Federico el Grande de Prusia, puntilloso detractor y practicante avezado del maquiavelismo, "le vin est tiré, il faut le boire", que significa en traducción literal del francés, "Canal + se va a quedar con todo, hay que legislar". Pero se trata de un vino que, como en el ardiente poema de Kavafis, sólo está reservado para los paladares de los fuertes, y sólo los fuertes lo pueden disfrutar sin atragantarse. Mantengamos la esperanza —me refiero a los nuestros que supongo que son los míos— que la Comisión Europea, el Tribunal de Luxemburgo y el Tribunal Constitucional sientan la misma admiración por los caracteres recios al timón del Estado que sentía Maquiavelo.

Y llegamos así al punto central que me había propuesto poner de relieve esta mañana, a esa verdad oculta tras el tópico de la inmoralidad de los políticos a la que me he referido anteriormente.

Porque si al elegir un sistema de valores coherente y completo hemos de abandonar otro alternativo asimismo completo y coherente, emerge una conclusión tan incómoda como inevitable, tan abismal como evidente: la pregunta de cómo ha de ser una vida correcta, de cuáles son las reglas formales a las que hemos de ajustarnos para actuar en concordancia con las esencias auténticas de nuestra condición humana, carece completamente de sentido. No se trata de que no conozcamos el arcano, de que seamos torpes o cortos de entendaderas, de que estemos en un estadio todavía insuficiente de la evolución biológica o purgando el castigo por un remoto pecado original. Nada de eso. Si Maquiavelo tenía razón y coexisten dos concepciones morales autónomas, distintas e irreductibles, la creencia de que existe una respuesta verdadera a este interrogante esencial, con independencia de que seamos o no capaces de hallarla, es una creencia falsa, y el eje conductor del pensamiento oc-

cidental desde Platón hasta Fernando Savater salta hecho añicos.

En efecto, la idea del universo y de la sociedad humana como una única estructura inteligible es tan antigua como la razón. Las armonías matemáticas de los pitagóricos, las formas platónicas, el Logos cristiano, la sabiduría inasible de la Naturaleza, la teoría del campo unificado o el sentido inexorable de la Historia, han simbolizado, prometido o pretendido revelar la explicación total y definitiva a lo que vemos, a lo que somos, y a lo que debemos ser. Por supuesto que se lamentaba y se admitía que los hombres eran demasiado ignorantes o indolentes o perversos para penetrar en esa verdad inefable. Pero nadie ponía en entredicho que tal verdad, accesible o inaccesible, próxima o remota, material o intangible, existiera y fuera nuestro destino y nuestra misión en tanto que seres humanos el investigarla, desecharla y, en la medida de lo posible, conocerla.

Ahora bien, Maquiavelo terminó, seguramente sin proponérselo, con esta ilusión y mostró el camino a todas las variantes del nihilismo, del escepticismo y del existencialismo, que han ido socavando incansablemente nuestra esperanza en sumergirnos un día, en este mundo o en el otro, en un Absoluto omnisciente y final.

Maquiavelo clavó, por tanto, un aguijón inextirpable en el mismo corazón del racionalismo tradicional, fuera éste religioso o ateo, metafísico o científico, trascendental o materialista. Si existe más de un sistema de valores al que podamos adherirnos, y no disponemos de ninguna guía externa a ellos, de un faro metamoral o hiperrascendente que nos ilumine para saber cuál es el verdadero, estamos perdidos y solos con nuestra duda irresoluble. El dilema moral básico sólo puede ser resuelto mediante un salto en el vacío, un salto sin red, el salto que dio Harry Truman cuando ordenó lanzar la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki, el salto que dio Margaret Thatcher cuando optó por hundir el Belgrano, el salto que dio Felipe González cuando convocó el referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN, el salto que dio José María Aznar cuando articuló el pacto de investidura con los nacionalistas segregadores. Al arrojar la moneda al aire y comprobar después el resultado, Maquiavelo nos entrega invariablemente una pieza que no tiene cara y cruz, sino dos caras, la de Enrique VIII y la de Tomás Moro, y ambas caras son idénticas. Los políticos han de aprender a vivir con este dilema y saber que en el momento de resolverlo, el corte en el nudo gordiano ha de ser seco y limpio, y que no tiene rectificación posible.

LA LIBERTAD COMO VERDAD

Pero también me había comprometido a extraer algún corolario optimista de este rápido buceo en las entrañas del maquiavelismo. Y como yo hace tiempo que di el salto y en una dirección que es de sobras conocida, no les sorprenderá que cumpla mi palabra y termine proyectando un tímido hilo de luz en las sombras trágicas del dilema encerrado en las páginas de *El Príncipe*.

La renuncia a un ideal unificador y a una explicación total del sentido de la vida humana es indudablemente descorazonador y susceptible de precipitarnos a la indiferencia o a la desesperación. Pero también tiene un lado positivo, que no es ocioso señalar. Si creemos que existe una verdad absoluta y un puerto definitivo para nuestras zozobras, inquietudes e ignorancias, que la felicidad y la perfección y la suprema justicia son alcanzables en la Tierra, la tentación para alcanzar su llegada puede ser irresistible y cualquier sacrificio, cualquier catástrofe previa, cualquier esfuerzo por prolongado, intenso y cruel que sea, puede aparecer como merecedor de ser asumido y acometido. De hecho, todos los gulags, progroms, masacres, hogueras purificadoras, campos de concentración y programas de normalización lingüística de la Historia han obedecido a este deseo incontrolado y compulsivo de llegar sin más tardanza al paraíso soñado o prometido. Pero si esa verdad totalizadora, definitiva y trascendente no está a nuestro alcance, si la dificultad para poseerla no es metodológica ni logística ni neuronal ni mística sino desazonadoramente conceptual, porque no existe for-

ma posible de seleccionar un sistema de valores inequívocamente genuinos que nos sirva de brújula ética inamovible en la tempestad de nuestras dudas, entonces el fanatismo, la intransigencia y la imposición coactiva de cualquier ortodoxia quedan excluidos del campo de lo razonable y de lo admisible. La tolerancia, el diálogo abierto, el respeto de la posición ajena, el establecimiento y la garantía de derechos y libertades individuales inalienables, resultan en este contexto convenientes y necesarios. La libertad de expresión y la libertad de prensa encuentran así sorprendentemente su fundamento, su fundamento moral, en el dilema maquiavélico, que si bien no nos ha traído la paz interior, si nos ha hecho a todos más humildes y con ello menos peligrosos. El contenido y la intención de este curso quedan, por tanto, satisfactoriamente justificados, porque su oportunidad está fuera de discusión si tenemos en cuenta los acontecimientos cataclísmicos a los que hemos asistido en este ámbito y los que seguramente quedan por venir.

No sé si esta apresurada reflexión sobre la inaccesibilidad de la verdad en relación con el poder y la conciencia hecha por un político escasamente profesional les habrá parecido una inversión adecuada de su tiempo y el dinero del contribuyente, pero, al menos abrigo la esperanza de que coincidirán conmigo en que el pérfido florentino nos enseñó algo extraordinariamente valioso por lo consolador; y es que probablemente no podemos confiar en que la verdad nos haga libres, pero sí parece bastante probado que la libertad nos hace verdaderos.